

**MENSAJE DEL GOBERNADOR
DEL ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO
HONORABLE RAFAEL HERNANDEZ COLON
AL OTORGAR LA MEDALLA DE HEROISMO CIVIL A LOS
QUE MURIERON EN LA OBRA DE RECONSTRUCCION TRAS
EL HURACAN HUGO**

14 DE DICIEMBRE DE 1989

EL CAPITOLIO

En la vida de todo pueblo existen acontecimientos que marcan su historia de forma indeleble. Septiembre de 1989 será recordado, por siempre, como uno de los momentos más tristes en la vida de nuestro pueblo. El huracán Hugo pasó por nuestra isla dejando una estela de dolor, de destrucción y de sufrimiento. Sin embargo, nos dejó tras su paso uno de los episodios de mayor solidaridad, lleno de páginas hermosas de valor, de entrega, de generosidad de espíritu, de compromiso.

El tributo póstumo que rendimos a los abnegados servidores del pueblo puertorriqueño, en esta tarde, es un homenaje a todas esas virtudes que en ellos se encarnaban.

Los hombres que hoy recordamos se entregaron de corazón a salvar una Patria abatida. Perdieron la vida heroicamente, porque conociendo los peligros de su oficio los desafiaron, con el valor extraordinario que surge del más profundo sentido del deber. Su compromiso iba más allá de la seguridad física porque, como hombres cabales, no

iban a permitir que sus compatriotas sufrieran más allá de lo que ellos podían remediar.

Ellos se enfrentaron a la muerte para darle vida al país. Cayeron en un combate a muerte con la adversidad y nunca serán olvidados por nuestro pueblo, que tendrá siempre para ellos elevada una oración de agradecimiento.

En nuestra conciencia está claro que nada puede reparar la pérdida de estas vidas. Este reconocimiento hay que entenderlo dentro de la perspectiva correcta. Los miembros de la Cámara de Representantes y del Senado de Puerto Rico --como representantes del pueblo-- y yo como Gobernador, hemos querido canalizar las expresiones de duelo de todos los puertorriqueños y dejar constancia de nuestro sentimiento de eterna gratitud y admiración.

Mas el significado de las actuaciones amplias y generosas de estos distinguidos servidores públicos, trascienden el hecho inmediato de la reconstrucción. Como diría el prócer Luis Muñoz

Rivera, ellos no retrocedieron, ni vacilaron, fueron hasta el fin. Al hacerlo dieron a nuestro pueblo una lección de nobleza.

Demostraron, en estos tiempos de egoísmo y desolación valorativa, que el camino de la esperanza y del bienestar, no es otro que el de la solidaridad, que el de la entereza y la determinación; que el de la voluntad de lucha y la superación conjunta.

Serla erróneo expresar nuestro dolor diciendo que estos hombres dejaron un vacío, porque con su hombría de bien, con su verticalidad, con su honradez, han venido a llenar el alma del pueblo puertorriqueño. Con su ejemplo brillante han renovado y fortalecido nuestra fe en la bondad del espíritu y los valores de nuestro pueblo, y muy especialmente, en la valla de los servidores públicos.

Hace unos días, expresé en el sepelio de otro mártir del servicio público, nuestro querido Roberto Inclán, que servir a Puerto Rico desde un

puesto público se hace cada día más difícil. Son hombres y mujeres, dispuestos a sacrificar largas horas lejos del hogar, para servir de cuerpo y alma a esta tierra nuestra, desde sus distintos puestos con total desprendimiento.

Por eso, la muerte de estos hombres brilla como un recordatorio, para todos los dados a sembrar la desesperanza a través de la crítica viciosa y el comentario manchado de cinismo, es un ejemplo tajante de que la vasta mayoría de los hombres y mujeres que laboran por nuestra tierra son, por su entrega y por su dedicación, grandes patriotas.

La labor de los trabajadores de la Autoridad de Energía Eléctrica es símbolo, además, de lo que fue el esfuerzo de todo el país por levantarse luego del azote del huracán Hugo. Un esfuerzo que presencié en la mirada determinada de tantos hombres y mujeres que aportaron desinteresadamente su trabajo a nuestra patria.

Por eso, en el día de hoy, es obligado hacer un reconocimiento a todos los otros trabajadores puertorriqueños, tanto del Gobierno como de la empresa privada. A todas las organizaciones sindicales y a todos los ciudadanos que se movilizaron para unirse a la labor de reconstrucción, sacrificando sus horas de sueño, venciendo el cansancio y el agotamiento, sufriendo incluso lesiones. Sus heridas y sus sacrificios levantaron al país.

La secuela del huracán Hugo nos reveló muchas cosas. Vimos cómo los brazos y las manos de todos los puertorriqueños se unieron para aliviar el infortunio. Vimos la labor infatigable de los alcaldes de los pueblos devastados, haciéndose uno con su gente. Vimos cómo los los alcaldes de los pueblos vecinos no afectados, acudieron de inmediato, dijeron presente y se fundieron en un sudor común.

A la labor de ellos, así como a la excelente labor de los medios noticiosos, entregamos hoy un reconocimiento.

Las pruebas de la naturaleza resultan ser, la mayoría de las veces, pruebas para el espíritu y los valores de los pueblos. El paso del huracán Hugo demostró la fragilidad de nuestra isla frente a un fenómeno natural de esta magnitud, pero el espíritu invencible e indomable de quienes lucharon para convertir la desolación en esperanza, esos, dieron nueva vida a valores y al alma de nuestro pueblo.

Esos valores de solidaridad y caridad cristiana, que fueron por ellos renovados, hay que continuar nutriéndolos en el camino que nos queda por delante.

La magnitud del amor de William Cruz del Valle, de Pedro Oyola Díaz, de William Cancel, de Juan Nieves Mejías, de Francisco Hernández, y de Carlos Rivera, la magnitud de su calidad humana ha estremecido lo más profundo de nuestro ser. Serán

para nosotros inspiración y guía en la búsqueda del mayor bien de nuestro pueblo, de esa riqueza interior y paz espiritual a la que debemos llegar.

Los familiares de los servidores públicos fenecidos pueden estar más que orgullosos. Ellos representan lo mejor de nuestro pueblo, lo más valiente y lo más noble del espíritu humano. Como tales siempre vivirán en nuestros corazones y en nuestra memoria.

* * * * *